

BOLETÍN Liberación #7 Obrera



Boletín informativo de la C.T.C Subdirectiva Bogotá - Cundinamarca. www.ctcbogotacundinamarca.com

Sobre la amenazadera de Trump

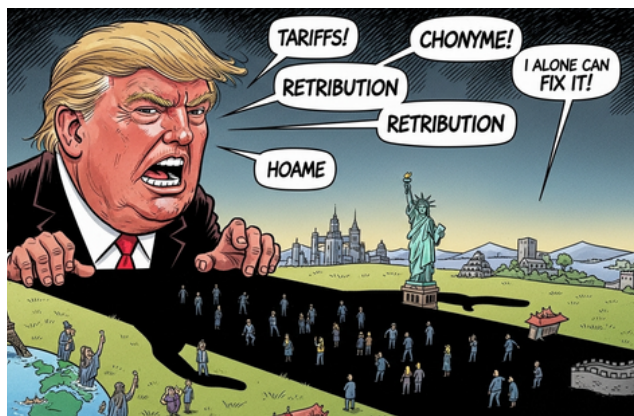
por Germán Reyes

En medio de los recientes choques entre Trump y Petro reavivan un debate que trasciende la política y toca directamente a los trabajadores. No se trata solo de discursos o campañas, sino de intereses económicos que condicionan la soberanía y el futuro de nuestras naciones.

Desde la CTC Subdirectiva Bogotá-Cundinamarca abrimos esta serie de entregas para analizar, con mirada crítica, las raíces y consecuencias de esta "amenazadera" de Trump y el papel que deben asumir los trabajadores frente a un escenario internacional en disputa. Entender lo que está en juego es también un acto de conciencia de clase.

La economía de Estados Unidos en jaque.

Después de la segunda guerra mundial Estados Unidos fue sinónimo de progreso industrial, innovación y liderazgo económico mundial. Su capacidad para producir, exportar y generar empleo consolidó la imagen del "sueño americano", donde la prosperidad se construía con trabajo y manufactura. Sin embargo, el país que alguna vez fue "la fábrica del mundo" ha mutado en una economía dominada por el consumo, la especulación financiera y la emisión monetaria. Hoy, la mayor potencia económica enfrenta un dilema estructural: su modelo de crecimiento depende más de imprimir dólares que de producir bienes.



El siglo XX marcó el auge industrial estadounidense. Desde la Primera Guerra Mundial, las fábricas de Detroit, Pittsburgh y Chicago fueron motores del crecimiento global. El país emergió como potencia manufacturera y, tras la Segunda Guerra Mundial, como líder indiscutible del sistema capitalista.

En 1944, con los Acuerdos de Bretton Woods, el dólar se convirtió en la moneda de referencia mundial, respaldado por el oro. Pero en 1971, el presidente Richard Nixon rompió ese vínculo, decretando el fin del patrón oro. A partir de entonces, el valor del dólar dejó de basarse en reservas físicas y pasó a depender de la confianza internacional en la economía estadounidense.

Esa decisión transformó el sistema financiero global. Estados Unidos pudo emitir dinero sin la restricción del oro, financiando gasto público, guerras, subsidios y consumo interno. Durante décadas, el resto del mundo aceptó los dólares como moneda de intercambio, reforzando la hegemonía de EE.UU. Sin embargo, este modelo también sembró una debilidad: la desconexión entre la economía financiera y la economía real.



Hoy, el panorama económico estadounidense refleja esa transformación. Según datos del NIST (2024), la manufactura representa apenas 9,9 % del PIB, el nivel más bajo desde 1997. Si se suman los efectos indirectos sobre otros sectores, su aporte total llega al 17 %, pero sigue siendo muy inferior al peso que tuvo durante la era industrial.

En contraste, los servicios financieros, tecnológicos, de salud y entretenimiento dominan la economía y concentran más del 70 % del empleo. Este desplazamiento hacia un modelo postindustrial implica que la riqueza estadounidense ya no proviene de la producción de bienes tangibles, sino de flujos financieros, deuda y consumo.

La deuda pública ilustra esa dependencia: en 2024, alcanzó el 124 % del PIB, la cifra más alta en tiempos de paz. Gran parte de este endeudamiento sostiene el gasto social y la estabilidad del consumo interno. El gobierno federal y la Reserva Federal recurren a la emisión monetaria como instrumento de equilibrio, inyectando liquidez en la economía cada vez que amenaza una recesión.

Sin embargo, este modelo se asemeja a una economía sostenida por una burbuja de confianza. Mientras el mundo acepte el dólar como moneda de reserva, Estados Unidos podrá seguir emitiendo sin consecuencias inmediatas. Pero si ese rol se erosiona, el castillo financiero podría tambalear.

El ascenso de China y la reemergencia de Rusia alteraron el equilibrio económico global. Ambos países impulsan alternativas al sistema financiero dominado por el dólar. Desde 2014, Moscú y Pekín han firmado acuerdos para comerciar en yuanes y rublos, mientras el bloque BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) explora la creación de una moneda común para el comercio internacional.

Las cifras del intercambio comercial muestran la magnitud del reto: en 2024, el comercio bilateral entre Estados Unidos y China superó los 650 mil millones de dólares, con un déficit estadounidense de más de 260 mil millones. China produce y exporta lo que EE.UU. consume. La ecuación es clara: Washington imprime billetes; Pekín produce bienes.

Además, la guerra en Ucrania ha tenido una dimensión económica más que ideológica. Rusia, bajo sanciones occidentales, ha exigido pagos en rublos por su energía, desafiando el uso global del dólar. Mientras tanto, China consolida su influencia en Asia, África y América Latina mediante inversiones y comercio. Ambos actores presionan por un orden multipolar donde el dólar pierda su monopolio.

Ante este nuevo escenario, Estados Unidos busca reafirmar su influencia en América Latina, región históricamente considerada su “patio trasero”. La estrategia no solo tiene un componente político, sino también económico. Con costos de producción más bajos y proximidad geográfica, países como México, Colombia o Brasil pueden convertirse en plataformas manufactureras para sustituir parte de la dependencia de China.

El fenómeno del nearshoring (relocalización cercana) responde a esa lógica: trasladar parte de la producción de Asia a territorios latinoamericanos. Sin embargo, esta reindustrialización regional se enfrenta a desafíos estructurales: infraestructura, inestabilidad política que dificultan que América Latina se beneficie plenamente de la reconfiguración global.

En ese contexto, la región corre el riesgo de repetir su papel histórico: proveer materias primas y mano de obra barata, mientras Estados Unidos retiene el control financiero y tecnológico.

La economía estadounidense se encuentra en una encrucijada. Por un lado, conserva ventajas notables: innovación tecnológica, poder militar y capacidad de consumo. Por otro lado, enfrenta una fragilidad estructural: depende de la impresión de dinero para sostener un modelo que produce menos de lo que consume.

Si el dólar pierde su condición de moneda hegemónica ya sea por acuerdos bilaterales en otras divisas, por la expansión del yuan digital o por un bloque monetario alternativo Estados Unidos tendría que enfrentar su deuda con una moneda debilitada. Esto implicaría reajustar su cultura económica, revalorizar el trabajo productivo y reindustrializar su estructura interna.